



e-l@tina

Revista electrónica de estudios latinoamericanos

[e-l@tina](#) es una publicación del
Grupo de Estudios de Sociología Histórica de América Latina ([GESHAL](#))
con sede en el
Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe ([IEALC](#))
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires

“Rodolfo Rey, peronista y montonero”. La construcción de un héroe popular en los primeros números de la revista Evita Montonera

Esteban Campos

Doctor en Historia por la UBA y becario posdoctoral del CONICET. Miembro del programa de intercambio CONICET-FAPERJ y del Grupo de Trabajo de CLACSO “Violencia y política”.
Correo electrónico: estebancampos1977@gmail.com

Recibido con pedido de publicación: 22 de febrero de 2014

Aceptado para publicación: 27 de marzo de 2014

Resumen

“Rodolfo Rey, peronista y montonero”. La construcción de un héroe popular en los primeros números de la revista Evita Montonera

Evita Montonera fue el medio de prensa oficial de la organización político-militar argentina Montoneros entre 1974 y 1979. Se trataba de una revista publicada de manera clandestina, que tenía como principal destinatario a los cuadros dirigentes y militantes de la propia organización, vinculada al campo político de la izquierda peronista. En este artículo proponemos que la revista Evita Montonera empieza a construir un “complejo heroico”, es decir, un conjunto de elementos que se articulan para crear un modelo de combatiente ejemplar, destinado a ser imitado por los lectores de la organización. La fuente documental elegida para sostener esta hipótesis de trabajo son las semblanzas de militantes caídos a causa de la escalada represiva que sufrió Montoneros y el activismo político-social en general desde 1974. Por razones de espacio y por la riqueza del documento, vamos a analizar solamente el artículo “Rodolfo Rey. Peronista y montonero”, publicado en el número 2 de Evita Montonera correspondiente a enero de 1975. La caja de herramientas teóricas que emplearemos para intentar demostrar la articulación de un “complejo heroico” en esta semblanza incluye disciplinas auxiliares, como el psicoanálisis del mito de Joseph Cambell y la antropología de la violencia de René Girard.

Palabras clave: Evita Montonera; complejo heroico; venganza; combatiente ejemplar

Summary

“Rodolfo Rey, peronist and montonero”. The construction of a popular hero in the first issues of the magazine Evita Montonera

Evita Montonera was the official press of the argentinian politico-military organization Montoneros between 1974 and 1979. It was a magazine published clandestinely, which had as main target the leaders and activists of the organization itself, linked to the political field of the Peronist Left. We propose that the magazine Evita Montonera start building a “heroic complex”, a set of elements that are articulated to create a model of exemplary fighter, intended to be imitated by the readers of the organization. The documentary source chosen to support this working hypothesis are the portraits of fallen militants because of the escalation of repression suffered Montoneros and the political and social activism in general since 1974. For reasons of space and the richness of the paper, we will analyze only the note “Rodolfo Rey. Peronista y montonero”, published in the number 2 of Evita Montonera for January 1975. The box of theoretical tools we use to try to prove the articulation of a “hero complex” in this sketch includes auxiliary disciplines, such as psychoanalysis of myth of Joseph Campbell and the anthropology of violence of René Girard.

Keywords: Evita Montonera; heroic complex; revenge; exemplary combatant

Introducción *

Nuestros revolucionarios de vanguardia tienen que idealizar su amor a los pueblos. No pueden descender con su pequeña dosis de cariño cotidiano hacia los lugares donde el hombre común lo ejercita

Ernesto “Che” Guevara, *El socialismo y el hombre en Cuba* (1965).

Evita Montonera (EM, de aquí en adelante) fue el medio de prensa oficial de la organización político-militar argentina Montoneros entre 1974 y 1979. Fue una revista publicada de manera clandestina, que tenía como principal destinatario a los cuadros dirigentes y militantes de la propia organización, vinculada al campo político de la izquierda peronista. En términos de sus propios editores, EM era “un aporte al adoctrinamiento y la formación de los cuadros”, destinada a “todos los peronistas que luchan por la liberación”; una herramienta ideológica, política y organizativa.¹ Con cierta perspectiva histórica, podemos afirmar que EM nació como una prensa de combate específicamente sectorial, lanzada durante la última etapa de movilización popular que vivió la Argentina a fines de 1974, y desarrollada en un contexto de retroceso de la protesta social, represión generalizada y militarización de las prácticas políticas. Tuvo una duración de veinticinco números y hacia 1975, según Richard Gillespie, se llegaron a distribuir un total de 69000 ejemplares de la revista (Gillespie, 1989: 235-236). A través de las páginas de EM se puede observar uno de los capítulos más dramáticos de la historia argentina, con varias notas de acontecimientos como el Rodrigazo, el golpe militar de 1976, el terrorismo de Estado, el boicot al Mundial de fútbol de 1978, las primeras acciones de los organismos de Derechos Humanos y la Contraofensiva montonera de 1979-1980.

Este trabajo es parte de una investigación más amplia que tiene como objeto estudiar los mecanismos simbólicos utilizados en la revista para crear una máquina de guerra y una subjetividad combatiente. En este artículo proponemos que en EM se articuló, desde los primeros números, un complejo heroico, es decir, un conjunto de prácticas y creencias que convergieron para fundar un modelo de combatiente ejemplar, destinado a ser imitado por los lectores de la organización. La fuente documental elegida para sostener esta hipótesis de trabajo son las semblanzas de militantes caídos a causa de la escalada represiva que sufrió Montoneros y el activismo político-social desde 1974. Debido a la riqueza del documento, vamos a analizar únicamente la nota “Rodolfo Rey: peronista y montonero”, publicada en el número dos de EM correspondiente a su edición enero-febrero de 1975. La caja de herramientas teóricas que emplearemos para intentar demostrar las primeras articulaciones de un “complejo heroico” a partir de esta semblanza incluye disciplinas auxiliares, como el psicoanálisis del mito de Joseph Campbell y la antropología de la violencia de René Girard (Campbell, 1972 y Girard, 2009).

La prensa montonera

El período previo a la aparición de EM en la Argentina se caracterizó por la inestabilidad político-institucional, la modernización capitalista de la economía, la radicalización político-ideológica

* Un análisis cultural de las militancias de izquierda en América Latina”. Una versión más reducida de este artículo será publicada en lengua portuguesa en la compilación de Mario Ayala, Isabel Leite, y Diego Silveira, “Questões sobre América Latina”.

¹ “Compañeros: esta revista es otra arma de lucha”. EM n.1, diciembre de 1974, pp. 2-3. Toda la colección está disponible en URL: <http://eltopoblindado.com/evita-montonera/>. Sobre la izquierda peronista, v. Gil, German, *La izquierda peronista (1955-1974)*. Buenos Aires, CEAL, 1989.

“Rodolfo Rey, peronista y montonero”. La construcción de un héroe popular en los... Esteban Campos

de diversos sectores de la población y las innovaciones culturales. La proscripción del peronismo, inaugurada con el golpe militar que derrocó a Juan Domingo Perón en 1955, impidió la expresión política de las mayorías populares, y abrió una época de elevada conflictividad política y social. Hasta la realización de elecciones libres en 1973, se alternaron gobiernos civiles y regímenes militares incapaces de construir un consenso duradero. En el plano económico, la industrialización por sustitución de importaciones convivió con el avance del capital monopolista y las inversiones extranjeras, sin alterar demasiado la matriz primaria exportadora de la Argentina. La desnacionalización de la economía arruinó a las pequeñas y medianas empresas locales, y agravó las tensiones con la clase trabajadora, que resistió como pudo las presiones para aumentar la productividad y los crecientes controles sobre el proceso de trabajo. La proscripción del peronismo, la desnacionalización de la economía y el auge de los procesos revolucionarios en el Tercer Mundo movilizaron a un sector de las capas medias y la clase trabajadora, que adoptaron posiciones antiimperialistas y socialistas. La radicalización político-ideológica derivó, en algunos casos, en la formación de grupos guerrilleros, que creían en la lucha armada como el medio más eficaz para llegar al socialismo, siguiendo el ejemplo inaugurado por la Revolución cubana en 1959. Por último, la modernización capitalista de la economía se correspondió con una modernización cultural, que fue vivida por parte de la sociedad como una fractura generacional. La adopción del jean y la minifalda, la emergencia del rock, el uso de la píldora anticonceptiva, la difusión del marxismo, el estructuralismo y el arte conceptual, parecían amenazar no sólo las tradiciones artísticas e intelectuales, sino las más arraigadas representaciones de la sexualidad, la autoridad y las clases sociales (James, 2007; Portantiero, 1989; Anzorena, 1998; Braun, 1973; Longoni y Mestman, 2000 y Terán, 1993). Entre los intersticios de la modernización cultural, la radicalización política y la resistencia de las tradiciones podemos ubicar los orígenes de Montoneros.

La organización político-militar Montoneros se formó a partir de la fusión de varios grupos del catolicismo renovador, como el Ateneo de Santa Fe, la Agrupación de Estudios Sociales de Córdoba y la Juventud Estudiantil Católica del Colegio Nacional de Buenos Aires, entre otros grupos. Se dieron a conocer públicamente el 29 de mayo de 1970, con el secuestro del general retirado Pedro Eugenio Aramburu, uno de los jefes del golpe militar que había puesto fin a la segunda presidencia de Perón. Los Montoneros se identificaban con el peronismo, defendían el método de la lucha armada y tenían como meta el socialismo (Lanusse, 2005: 20). Entre 1971 y 1972, el asesinato de sus principales dirigentes por las fuerzas de seguridad dejó al grupo al borde de la extinción. Sin embargo, el prestigio obtenido por el “ajusticiamiento” de Aramburu permitió una rápida recomposición de la organización, que hacia 1973 ya tenía un amplio frente de masas, con agrupaciones como la Juventud Peronista Regionales (JP), la Juventud Trabajadora Peronista (JTP), el Movimiento Villero Peronista (MVP), la Juventud Universitaria Peronista (JUP, la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) y la Agrupación Evita (AE).

Como parte de su estrategia política, los Montoneros desarrollaron una intensa labor periodística, que emplearon para disputar el campo de la producción de información tanto a la prensa política, como a los medios de comunicación de masas. Entre mayo de 1973 y abril de 1974 salió a la venta *El Descamisado*, una revista semanal de análisis político destinada al público peronista, que en su mejor momento alcanzó a editar 100.000 ejemplares. Con sus colores fuertes, sus fotografías impactantes y sus titulares en grandes letras de molde, el semanario dirigido por Dardo Cabo imitó con éxito la estética de los medios sensacionalistas como *Crónica* y *Así*, que tenían muchos lectores entre las clases populares. En noviembre de 1973 apareció el primer número de *Noticias*, una publicación diaria que apareció como una alternativa a los grandes medios de prensa, animada por intelectuales de la talla de Rodolfo Walsh, Juan Gelman y Paco Urondo. Dirigida a un público amplio, *Noticias* no ocultaba su pretensión de ser “el primer diario peronista abierto a todos los

sectores que quieren la liberación”, pero al mismo tiempo se ofrecía como “un diario para acertar a las carreras, con una completa cobertura deportiva, amplios servicios para toda la familia y las mejores historietas” (Esquivada, 2009: 20, 33; Sigal y Verón, 1988: 131-228; Nadra Giselle y Émile, 2011).

El enfrentamiento de Perón con los Montoneros y los acuerdos parlamentarios que reemplazaron el estado de derecho por un estado de excepción, significaron un disparo al corazón de la prensa montonera. Mientras crecía el consenso entre los grandes medios de prensa, los partidos políticos y el gobierno para reprimir el “extremismo” y la “subversión”, la censura y los atentados contra los medios de comunicación alternativos arruinaron el proyecto de crear una opinión pública favorable a Montoneros (Franco, 2012).² En abril de 1974 fue clausurado *El descamisado*, y en junio su sucesor, *El Peronista*. El 27 de agosto debió cerrar sus puertas *Noticias*, tras un violento allanamiento de la policía que destruyó las instalaciones del diario. *La causa peronista*, que había ocupado el vacío dejado por *El descamisado* y *El peronista* dejó de salir algunos días después, cuando publicó una nota con los detalles del asesinato de Aramburu. La escalada contra los medios de prensa de las organizaciones armadas se completó con la Ley Antisubversiva de septiembre de 1974, que fijó penas de hasta cinco años de prisión para los periodistas que publicaran cualquier información contra el “orden institucional” (Gillespie, 1989: 190, 199, 234-235). En un contexto de dura represión, la Conducción Nacional de Montoneros decidió volver a la clandestinidad y plantear una “retirada estratégica” de los espacios públicos que había ocupado desde 1973. En esta encrucijada tan complicada nació EM, distribuida de mano en mano o enviada por correo (Pagliai, 2010).

Rodolfo Rey: peronista y montonero

El número dos de EM conservó una estructura similar a la empleada en el primer ejemplar: encabezó la publicación un artículo sobre coyuntura política y económica, seguido de dos notas sobre conflictos obreros. También se repitió la columna encargada de explicar los detalles de la estrategia político-militar montonera, y la “Crónica de la resistencia” reemplazó definitivamente el título de la sección “Habla la resistencia”, donde se difundían comunicados y partes de guerra. Como novedad se incluyó un índice, una nota redactada por la Unión de Estudiantes Secundarios y la semblanza de Rodolfo Rey, un militante de la Juventud Peronista asesinado en un tiroteo con la policía. La primera noticia de este hecho de violencia apareció en el número uno, como parte de la sección “Habla la resistencia”. En un apretado párrafo de diez líneas se informa que el 9 de noviembre, en Santos Lugares, provincia de Buenos Aires, un patrullero intentó detener a Rodolfo Raúl Rey, que se resistió disparando a los uniformados. Según la crónica, el enfrentamiento finalizó cuando Carlos Rodríguez, un guardiacárcel que atendía una verdulería cerca del lugar del tiroteo, se acercó portando un arma y disparó por la espalda al joven militante.³ En el número siguiente, un breve aviso daba cuenta de la muerte de Rodríguez, a causa de las heridas que le había infligido un pelotón de combate el 22 de noviembre. La justicia montonera era, ante todo, expedita.⁴ El panegírico de Rodolfo Rey comienza con el relato del episodio que provocó su muerte:

² Marina Franco analiza rigurosamente el pasaje del estado de derecho al estado de excepción durante la última presidencia de Juan Domingo Perón y su sucesora Isabel Martínez. En este período se generalizaron las categorías de “extremista” y “subversivo” para estigmatizar cualquier manifestación de protesta o disidencia social, discurso que se consolidaría años después con el terrorismo de Estado.

³ “Habla la resistencia. Comunicados-Partes de guerra”, EM n.1, diciembre de 1974, pág. 45.

⁴ “Crónica de la resistencia”, EM n.2, enero-febrero de 1975, pág. 43.

“Rodolfo Rey, peronista y montonero”. La construcción de un héroe popular en los... Esteban Campos

Fue a pocos metros de la Iglesia de Lourdes, en Santos Lugares. El 22 de noviembre, alrededor de las 13:30, cuatro policías interceptaron a Rodolfo Rey, 21 años, casado. En circunstancias algo confusas, se generó un tiroteo. Rodolfo Rey, conocido como el Caña entre los vecinos, se enfrentó con los cuatro policías. Rey se encontraba de espaldas a un local donde funcionaba una verdulería. De allí sale empuñando un arma un agente de la Penitenciaría, Carlos Rodríguez, que vivía en el lugar, y, a quemarropa, dispara sobre la espalda de Rey. El joven Montonero cae. Un policía se acerca y lo remata en el suelo.⁵

Este relato, a diferencia del anterior, aporta más detalles sobre la hora y el lugar del tiroteo, invocando la juventud y el estado civil de la víctima para contraponerlos al cruel asesinato por la espalda y posterior ejecución. Estas marcas iniciales del texto son importantes, ya que anticipan dos elementos de una estrategia discursiva que van a caracterizar a toda la nota: por un lado, el realismo (descripción minuciosa del día, hora, lugar y circunstancias del hecho, para otorgar un efecto de verdad a la narración); por otro lado, el patetismo (en el sentido etimológico de la palabra, el *pathos*, es decir, la parte de la retórica que apela a lo sentimental y lo afectivo para persuadir, movilizándolo emocionalmente a una audiencia).⁶ Con respecto al primer punto, en toda la nota sobre la muerte de Rodolfo Rey hay un esfuerzo por dotar al relato de una realidad bien documentada, no sólo por los elementos que mencionamos anteriormente, sino también con la presencia de la organización en el lugar de los hechos; como afirma la crónica “para escuchar a quienes estuvieron cerca del Caña Rey estuvimos en el barrio”.⁷ La reconstrucción del crimen hasta en sus mínimos detalles, la inclusión en el relato del testimonio emotivo de la familia y los vecinos de Rodolfo Rey hacen recordar el lenguaje de los medios masivos de comunicación, expertos en interpelar al público para que éste sea “arrastrado a un sentimiento por el discurso”, como decía Aristóteles en su Retórica. Una lectura apresurada incluso podría sugerir que la nota se inspira en las estrategias de la prensa sensacionalista, que en los años 60 y 70 todavía se podía distinguir claramente de la llamada prensa “seria”.⁸ Llama la atención que en esta estrategia del realismo sensacional de la que hace gala la nota, se deslice una contradicción: en la breve referencia del número 1, la muerte de Rodolfo Rey se había producido el 9 de noviembre de 1974. En el número 2, en cambio, el episodio es fechado el 22 de noviembre, casualmente el mismo día que, de acuerdo a la “Crónica de la Resistencia”, se llevó a cabo la represalia contra el asesino del activista. No nos interesa demostrar aquí si la semblanza es real o ficticia, si se trató de un error o de una modificación deliberada, ya que por el momento no encontramos ninguna utilidad en probar la “autenticidad” del relato. Parece más provechoso desde el punto de vista de la analítica histórica descubrir cuáles son los mecanismos de persuasión y elocuencia que lo vuelven verosímil, por qué esas palabras están allí y no otras.

Otro fenómeno apenas perceptible en la semblanza es la progresiva y sutil pérdida de individualidad que sufre la víctima en el relato. A pesar del título que encabeza la nota, a Rodolfo Rey se le asigna un nombre que no es el propio, el puesto por la familia: desde el principio, se indica que el militante montonero era “conocido como el Caña entre los vecinos”, y este sobrenombre sustituye

⁵ “Rodolfo Rey: peronista y montonero”, EM n.2, enero-febrero de 1975, pág. 20.

⁶ En el Libro I de su Retórica, Aristóteles divide en tres los argumentos retóricos procurados por el razonamiento: “unos que radican en el carácter del que habla, otros al situar al oyente en cierto estado de ánimo, otros, en fin, en el mismo discurso, por lo que en realidad significa o por lo que parece significar (...) por los oyentes, cuando son arrastrados a un sentimiento por el discurso, pues no concedemos de igual manera nuestras opiniones estando tristes que estando alegres, o amando y odiando”.

⁷ “Rodolfo Rey...”, *op. cit.*, pág. 20.

⁸ En esta nota faltan, sin embargo, dos elementos clave de la prensa amarilla, como son las fotografías para impresionar al público y los grandes titulares.

al nombre propio en múltiples ocasiones. Lo relevante de esta marca textual es que hacia la mitad de la nota nos enteramos por la voz de su responsable que “Caña”, es el apodo con el que había sido bautizado por la organización. En este caso la nominación, es decir, el mismo acto de dotar de identidad a una persona o a un objeto, es un atributo de los Montoneros (la vanguardia revolucionaria), y no de la familia o de los vecinos del barrio (es decir, del pueblo), como parecía en un primer momento.⁹ Cuando Rodolfo Rey deja de ser él mismo y se convierte en “el Caña”, se lo (des)individualiza para convertirlo en una figura pública. Esta práctica discursiva permite incluir a la organización en el cotidiano de la víctima, y como veremos a continuación, muy cerca de las clases populares. Poco importa aquí la sugestiva publicación de una carta de despedida a modo de testimonio personal al final de la nota, porque después de todo está firmada por el “Caña”. No resulta extraño entonces que a partir de esa nominación específica aparezca una identidad fuerte entre el barrio y los Montoneros:

Las paredes de muchas casas están pintadas con el nombre del combatiente caído. Algunas pintadas claman: **Cañita, te vamos a vengar. Estación Montonero Caña Rey**, escribieron sobre el cartel de la parada Lourdes del Ferrocarril Urquiza”¹⁰

Aquí la mimesis entre vanguardia y pueblo alcanza su plenitud: las pintadas en la calle no serían una puesta en escena de Montoneros, sino un medio de comunicación popular que clama venganza, “demanda” que la organización, como ya sabemos, cumplió con celeridad. Vale la pena detenerse por un momento en el tópico de la venganza, porque si bien no es central para la construcción de esta semblanza, se repite en varias ocasiones. Después de describir las circunstancias del asesinato de Rodolfo Rey, la nota informa que “A los pocos días el agente de penitenciaría de apellido Rodríguez, que había herido por la espalda a Rey, fue ejecutado por la organización Montoneros”. Este pasaje no da cuenta de una venganza, sino de una represalia despojada de cualquier significado emotivo o ritual, describiéndola por el contrario con un frío tono informativo y neutral; es la voz de la máquina de guerra montonera que enuncia la retaliación como una simple derivación técnica del enfrentamiento armado. Sin embargo, en la página siguiente un vecino explica el mismo hecho desde otro ángulo: “Lo que se decía allí entre la gente, era que se la habían dado por la espalda... Unos días después escuché tiros. Lo habían vengado al Caña”.¹¹ Más adelante, es el propio Rodolfo Rey quien en su carta de despedida le dice a su esposa “Yo se que vos vas a continuar esto hasta el final, y que me vas a vengar si algo ocurre”, y a sus compañeros “Yo sé que ustedes me van a vengar, no tengo dudas, y que van a llevar hasta el final esto que empezó hace mucho y que está costando tanto”.¹²

En *La violencia y lo sagrado*, el antropólogo René Girard analiza a partir de fuentes etnográficas y literarias una “economía de la violencia” caracterizada por la dialéctica entre el sacrificio y la venganza, tópicos que habrían estado presentes tanto entre los ifugao de las Filipinas o los kaingang del sur de Brasil, como en la tragedia y la mitología griegas. Para Girard, la venganza de sangre o *blood feud* es un proceso interminable que, desde la perspectiva de las sociedades primitivas, amenaza con disolver a la sociedad: “Ante la sangre derramada, la única venganza satisfactoria consiste en derramar a su vez la sangre del criminal” (Girard, 2009: 22). En esa misma línea, la venganza se

⁹ “Rodolfo Rey...”, *op. cit.*, pág. 21. El mismo mecanismo de identificación se repite en otra semblanza, v. “Gustavo Stenfer: Moustache. Su ejemplo entre nosotros como bandera”, EM n.3, marzo de 1975, pp. 16-17.

¹⁰ “Rodolfo Rey...”, *op. cit.*, pág. 20.

¹¹ “Rodolfo Rey...”, *op. cit.*, pág. 21.

¹² “Rodolfo Rey...”, *op. cit.*, pág. 23.

presenta como represalia y retribución (tal como sucede en el discurso montonero), pero su puesta en acto genera nuevas represalias de parte de las víctimas de uno y otro lado. La reciprocidad violenta que genera la venganza de sangre borra las diferencias entre antagonistas, sembrando la confusión en la comunidad. Casi nos sentimos tentados de pensar con René Girard que la violencia “carece de razón”, no porque ésta sea irracional, sino porque cuanto más se prolonga la cadena de venganzas, “más favorece la mimesis violenta, más multiplica los efectos de espejo entre los adversarios” (Girard, 2009: 53-54).¹³ Sin ir más lejos, los vecinos explican la muerte de Carlos Rodríguez, el asesino del Caña, como un acto de retaliación aceptado con naturalidad, sin atribuirlo a ningún actor concreto. Un aspecto llamativo de la venganza montonera es su privacidad, o por lo menos la tensión que introduce entre lo público (la intervención de la organización en la esfera pública) y lo privado (los actos de venganza). El Caña pide a sus compañeros que lo venguen, en una revista escrita por montoneros para montoneros. Hacia afuera, la cadena de venganzas era cada vez más incomunicable: según Richard Gillespie, el grueso de la población consideraba a estos actos como “parte de una guerra privada entre bandas armadas” (Gillespie, 1989, 231). En la trama discursiva, el riesgo de una violencia sin razón se elude inscribiendo a la muerte de Rodolfo Rey en el ciclo revolucionario:

La muerte del Caña es un episodio más de la guerra popular de liberación. Otros hechos como este sucederán. Pero **los combatientes del pueblo que caen peleando son ejemplo para los militantes**, que al sumarse activamente a esta guerra, van creando el ejército peronista que derrotará definitivamente al imperialismo explotador en nuestra patria. El General Perón dijo: ‘La vida es lucha y el que renuncia a la lucha renuncia a la vida’. El Caña no renunció a la lucha. Por eso el Caña vive.¹⁴

Aquí nos encontramos por primera vez con un indicio del complejo heroico, es decir, las prácticas y creencias que se articulan para crear un modelo de combatiente ejemplar. En *El héroe de las mil caras*, Joseph Campbell emplea el psicoanálisis y la antropología para caracterizar estos modelos significativos como arquetipos, figuras simbólicas que se remontan a los mitos antiguos. El tema del héroe aparece en diversos relatos de la mitología universal, con rasgos comunes que permiten construir una tipología haciendo abstracción de las diferencias culturales: los tópicos del viaje, las proezas, la muerte y la resurrección son algunos de los elementos que se repiten en personajes tan distantes como el griego Jasón, el héroe irlandés Cuchulainn y Jesús de Nazareth.¹⁵ La muerte violenta Rodolfo Rey lo convierte en un combatiente ejemplar, un modelo a imitar para el conjunto de los militantes. La articulación del complejo heroico opera una re-simbolización de la vida y de la muerte: si “la vida es lucha y el que renuncia a la lucha renuncia a la vida”, el que lucha

¹³ Desde ya, apoyar la tesis de una dinámica especular de la violencia política para el caso argentino no significa pensar en una simetría entre el accionar del terrorismo de Estado y de la guerrilla, ni adherir a la teoría de los dos demonios. Por otra parte, afirmar que existen efectos de espejo entre los antagonistas no tiene nada que ver con una supuesta “espiral de violencia”, concepto que consideramos podría diluir las identidades y las responsabilidades de cada actor.

¹⁴ “Rodolfo Rey...”, *op. cit.*, pág. 20. El subrayado es mío.

¹⁵ Para Campbell (1972: 25), “El héroe inicia su aventura desde el mundo de todos los días hacia una región de prodigios sobrenaturales, se enfrenta con fuerzas fabulosas y gana una victoria decisiva”. El concepto de “arquetipo” y su relación con los mitos antiguos proviene del psicoanálisis de Carl Gustav Jung. Para una crítica de los arquetipos míticos universales, v. Ginzburg, Carlo, *Historia nocturna. Un desciframiento del aquelarre*. Barcelona, Muchnik, 1991, pp. 187-188.

“Rodolfo Rey, peronista y montonero”. La construcción de un héroe popular en los... Esteban Campos

está vivo aunque su cuerpo muera.¹⁶ Las dos poesías escritas por el “Caña” que se publican en la nota refuerzan este argumento deslizado por el narrador montonero:

Marcelo se cayó / Se cayó al cielo / En el aire se quedó flotando / De sus manos emergía un sueño / Y yo, vos, el aire, todos bien sabemos / Que la represión terminó con Marcelo / Un grito se apagó, se prendieron miles / Y hoy que Marcelo está flotando / Hay mucho más de tres pájaros / Que sin saber apuntan para el cielo...” (...) “El sol del mediodía / ha secado mi sangre / y mi piel reseca / vuela por el parque... / Yo estaré allí / pero no me verás / ya no me verá nadie / será inútil recordar mis cosas / yo estaré, pero no me verás...”¹⁷

En estos fragmentos poéticos el tópico de la muerte ejemplar no solamente confirma los dichos de la organización, sino que ahora es el propio muerto quien sublima el sacrificio heroico como un hecho estético: si “un grito se apagó, se prendieron miles”, en esta lírica del combate la sangre de los caídos fecunda la rebelión armada. Por otro lado, no solo la muerte en combate es parte del complejo heroico, sino el mismo acto de prepararse para morir. Como afirma Campbell (1972: 198): “No es necesario decir que el héroe no sería héroe si la muerte lo aterrorizara; la primera condición es la reconciliación con la tumba”.

La intervención de la familia del Caña en el relato lleva la nota al terreno de lo sentimental y lo afectivo, sin abandonar la estrategia realista. Por ejemplo, lo primero que destaca EM es su presencia directa en el lugar de los hechos:

Lo encontramos a don Raúl Rey, padre de ‘Caña’. Don Raúl es un viejo peronista de los que se las vieron bravas durante la resistencia. Esas luchas lo endurecieron a don Raúl; sin embargo, cuando comenzamos a hablar del Caña, no puede aguantar.
-Sabes cómo me lo mataron, no? (Su voz se ahoga). Me da bronca, yo lo metí en esto, yo le enseñé a ser peronista...¹⁸

Es sintomática la relación entre la figura del padre (que reenvía simbólicamente al nombre de Perón) y el hijo. Para el héroe redentor “yo y mi padre somos uno”, su tarea es “arrebatar de su poder las energías vitales que alimentarán el universo”, como haría Edipo al asesinar a su padre Layo y devenir rey de Tebas (Campbell, 1972: 20). Sin embargo, para no redundar en un tópico explícito para los propios actores históricos, lo que interesa en este punto es la identificación del montonero caído con una matriz popular.¹⁹ El “Caña” es un hijo del pueblo, y su ilustre prosapia se remonta a la época de la resistencia peronista. En este pasaje, en consecuencia, los Montoneros están haciendo

¹⁶ Si llevamos al extremo ese argumento, el que no lucha es un muerto en vida. Esta idea de la relación entre lucha, vida y muerte se repetirá poco tiempo después, cuando el terrorismo de Estado y el secuestro masivo de militantes pongan a estos tópicos en el centro del discurso montonero sobre la traición. V. Longoni, Ana, *Traiciones, La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*. Buenos Aires, Norma, 2007.

¹⁷ “Rodolfo Rey...”, *op. cit.*, pág. 21.

¹⁸ “Rodolfo Rey...”, *op. cit.*, pág. 20.

¹⁹ En la “Charla de la Conducción Nacional ante las agrupaciones de los frentes” de 1973, los propios montoneros afirmaban que “Somos el hijo legítimo del Movimiento, somos la consecuencia de la política de Perón. En todo caso podríamos ser el hijo ilegítimo de Perón, el hijo que no quiso, pero el hijo al fin”, en Baschetti, Roberto, *Documentos 1973-1976, volumen 1. De Cámpora a la ruptura*, Buenos Aires, De la Campana, 1996, pág. 276.

“Rodolfo Rey, peronista y montonero”. La construcción de un héroe popular en los... Esteban Campos

propio un linaje que remite a las luchas populares de la generación pasada. Y a pesar de todo esto, peronista no se nace, sino que se hace: se puede “aprender” a ser peronista (don Raúl Rey le enseñó a su hijo a serlo, mientras que el propio Caña reconoce en su carta que “en la mesa de todos los días aprendí que era el peronismo”).²⁰ En este punto el discurso parecería querer demostrar que los viejos militantes de la resistencia le pasaban la antorcha de la lucha popular a sus herederos, los jóvenes montoneros. Por otra parte, la declaración del padre es importante por otra razón: la responsabilidad del padre en la radicalización de Rodolfo Rey refuta la idea de una juventud engañada por los “extremistas”, tópico muy extendido en una opinión pública fuertemente condicionada por el discurso de la contrainsurgencia (Carassai, 2013: 149-171).²¹ La aparición de familiares y vecinos en la nota no rompe con la pedagogía ejemplar que privilegia el relato, pero permite que los corresponsales montoneros ingresen en la fotografía costumbrista del barrio, dejando algunas huellas de su propia subjetividad:

-¿Cómo era el Caña?

-El era un idealista. (La tía del Caña se tapa la cara para no contagiarnos sus lágrimas).

-El quería justicia para todos...Y los pibes...a él le preocupaban los pibes...Sufría cuando se enteraba que un pibe pasaba hambre...Eso lo reventaba (La mano de la mujer que habla con vos entrecortada se posa otra vez sobre su cara).²²

Es sugestiva la emotiva intervención de la tía, ya que el narrador se ubica súbitamente en el centro del relato. El episodio se puede interpretar de dos maneras no necesariamente excluyentes: o los corresponsales montoneros eran extremadamente sensibles y estaban a punto de largarse a llorar, o más bien preferían evitar el “contagio” de las lágrimas, palabra que en su sentido literal designa la transmisión de una enfermedad. Al mismo tiempo que el narrador (es decir, la organización armada) parece mostrarse sensible ante el llanto popular, también exhibe su invulnerabilidad a las lágrimas; como buenos alumnos del “Che” Guevara son duros que no pierden la ternura y, como reza el epígrafe que inicia este trabajo, “no pueden descender con su pequeña dosis de cariño cotidiano hacia los lugares donde el hombre común lo ejercita”. Puesto que a un combatiente muerto no se lo llora, se lo reemplaza, la actitud montonera parece más madura, más inflexible que el lamento de la familia. De nuevo los viejos son relevados los jóvenes.

El testimonio de la responsable política de Rodolfo Rey en la JP menciona varios elementos que refuerzan la hipótesis de la formación de un complejo heroico:

El Caña murió peleando como un Montonero. Lo mataron por la espalda cuando sostenía un combate contra cuatro policías. Era muy joven, tenía 21 años. Pero muy serio y disciplinado. De físico pequeño, casi esmirriado, tal vez por eso lo llamábamos Caña (...) Entre nosotros, durante la instrucción que se da en la organización, muy poco le costaba cumplir las pruebas más jorobadas. Era muy ágil de físico y de mente.²³

²⁰ “Rodolfo Rey...”, *op. cit.*, pág. 23.

²¹ La fuerza del discurso contrainsurgente se comprueba en la misma nota, cuando la tía de Rodolfo Rey dice “Yo siempre sospecho que andaba en algo”. Sugerir que algún vecino, amigo o familiar “anda en algo” era muy común en la Argentina de los 60’ y 70’ para estigmatizar a las personas de ideas y prácticas radicales. V. “Rodolfo Rey...”, *op. cit.*, pág. 21.

²² “Rodolfo Rey...”, *op. cit.*, pág. 20.

²³ “Rodolfo Rey...”, *op. cit.*, pág. 21.

“Rodolfo Rey, peronista y montonero”. La construcción de un héroe popular en los... Esteban Campos

Un auténtico montonero puede pelear él solo contra cuatro policías, verdadera proeza heroica donde la calidad reemplaza a la cantidad.²⁴ Junto a semejante hazaña aparece asociada otra menos explícita: Rodolfo Rey fue asesinado por la espalda, lo que significa que un montonero no puede ser vencido por la superioridad numérica de sus enemigos, sino por la traición. Si pensamos en los arquetipos heroicos de Joseph Campbell, llama poderosamente la atención la similitud de la figura simbólica del Caña con héroes de la mitología antigua como Sansón y Hércules, quienes tras participar de proezas y duras pruebas son derrotados a causa de una traición. Como los héroes clásicos, el Caña también debió superar pruebas muy duras, como cuando fue detenido y torturado el 17 de octubre de 1975 por la policía. Para los montoneros, la tortura era un combate que se podía ganar,²⁵ y el Caña ratificó este concepto simulando una enfermedad que no tenía. Como el mito de Edipo y la esfinge de Tebas, el héroe supera el camino de las pruebas no solo con su fuerza, sino también con su ingenio. La descripción de la responsable sugiere cómo es el héroe montonero: no hace falta que tenga una desmesurada fortaleza corporal, puesto que el Caña era “muy ágil de físico y mente”, tópico coincidente con las recomendaciones del Che para que la guerrilla tenga movilidad y rapidez (Guevara, 2006: 20-23). Del mismo modo que ocurría antes con la identidad peronista, combatiente montonero no se nace, sino que se hace:

Recuerdo cuando se le planteó que se había resuelto promocionarlo como combatiente. El sostuvo que iba a tener que demostrar en los hechos y con el tiempo que era merecedor de ser Montonero. Era muy inteligente el Caña. No se destacaba por hablar mucho. Yo diría que hablaba muy poco. Pero tenía la virtud de sintetizar en pocas palabras y decir lo preciso. Además siempre tenía condiciones de líderes... Yo creo podía ser un cuadro de conducción. Si hubiese que dar una definición de él, yo lo definiría como un pibe de barrio: sencillo, jodón, sentimental y con una gran conciencia del compañerismo y la militancia.²⁶

Este pasaje es ilustrativo en varios aspectos. El Caña era muy joven (el héroe clásico es símbolo de lo nuevo, portador de cambios), “pero serio y disciplinado”, a fin de cuentas, un muchacho de barrio que no creía poder calificar aún para ser montonero. Como su padre, su tía y sus vecinos, la figura de Rodolfo Rey parece incompleta sin el marco contenedor de la organización político-militar. Parecería que solo con su asesinato el Caña deja de ser un “pibe de barrio” y se convierte en montonero. Como diría el crítico literario Mijail Bajtin, la muerte concluye la totalidad temporal de una vida en su contingencia, permitiendo su cristalización en una plenitud más allá del tiempo, fuera de toda corrupción y degradación (Bajtin, 1979: 98). Por otro lado, la semblanza introduce una división jerárquica entre los militantes: si atendemos al testimonio del Caña, el verdadero montonero es el combatiente, no el integrante de la JP, de la JUP o de la UES, aunque todos sean parte de la misma organización. Para la responsable, en cambio, “no es necesario intervenir en una acción para demostrar que se es un combatiente”.²⁷ A primera vista, aquí hay una contradicción entre los argumentos del Caña y la responsable política. Sin embargo, una lectura más atenta podría sugerir que mientras la voz del muerto acentúa y santifica la jerarquía (para ser montonero hay que pasar una

²⁴ Esta proeza heroica se repite -con más fortuna para el combatiente- en “Un montonero que vale por ocho”, EM n.13, abril-mayo de 1976, pág. 20. De la repetición de este tipo de notas se podría deducir que el buen montonero puede vencer a múltiples enemigos, o morir en el intento.

²⁵ “La tortura es un combate y se puede ganar”, EM n.5, junio-julio de 1975, pp. 20-23.

²⁶ “Rodolfo Rey...”, *op. cit.*, pág. 21-22.

²⁷ “Rodolfo Rey...”, *op. cit.*, pág. 22.

“Rodolfo Rey, peronista y montonero”. La construcción de un héroe popular en los... Esteban Campos

serie de pruebas), el dirigente la niega de manera paternal, diseminando la gracia de ser combatiente entre todos los militantes. Por último, la responsable agrega otro dato sobre la muerte del Caña:

Te contaba antes que tenía una gran preocupación por lo militar. El sostenía que si algún día lo agarraban armado defendería el arma. Y así ocurrió, realmente (...) Cerca de él había dos compañeras que no tenían armas. Contaron ellas y los vecinos que estaba llevando muy bien el combate, pero pronto se encontró entre dos fuegos. Un milico de civil que vivía en una verdulería le tiró por la espalda y lo hirió. Cuando estaba en el suelo se le acercó uno de los cuatro policías. El Caña estaba con vida todavía y le pidió que no lo matara, pero igual le dio el tiro de gracia. Así murió el Caña, protegiendo su arma.²⁸

La obligación de proteger el arma hasta lo último, tiene como corolario la sentencia implícita de que aquella es más importante que la vida. Un elemento que deshumaniza lo humano que había en el Caña, y lo convierte en un engranaje más de la máquina de guerra montonera. Para la responsable, el joven asesinado “fue un combatiente montonero. También un muchacho de barrio”. Lo que antes convertía a Rodolfo Rey en una fruta inmadura, en algo incompleto, finalmente dota al militante asesinado de una duplicidad proteica, como si fuera un centauro guerrillero: un auténtico combatiente del pueblo. Esta ambigüedad era un reflejo de la metamorfosis de la propia organización, que ya no podía sostener un movimiento de masas como en 1973, pero tampoco era un ejército.

Consideraciones finales

“Emilio Rey: peronista y montonero” es una nota atípica si atendemos a la totalidad de los números de EM, revista acostumbrada a un tono solemne, combativo o informativo, pero raramente emotivo. La puesta en escena de la familia del Caña tiene el objetivo de legitimar a los Montoneros mimetizándolos con un ambiente popular, y los testimonios rodean con un halo de familiaridad a la organización armada. Un ejemplo de esto es la intervención de un vecino que se acercó al lugar del asesinato: “Creí que había sido algún asalto pero un muchacho me dijo: ‘Hay una granada en el suelo, debe ser un compañero’”.²⁹ El hallazgo de un arma de guerra en plena calle, las pintadas que claman venganza, el compañero muerto, son eventos tan inteligibles para los vecinos, que enseguida adquieren un matiz político. De acuerdo al discurso de la revista, Santos Lugares es un barrio montonero.

Una de las primeras operaciones que realiza la nota sobre su personaje principal es sustraer la individualidad de la víctima, empleando en todo momento el apodo otorgado por la organización en lugar del nombre propio. Esta práctica será funcional a la transfiguración del “Caña” en héroe montonero. Los rasgos de heroicidad presentes en la nota pertenecen a un sustrato más antiguo, que se remonta a la mitología universal. El arquetipo del combatiente montonero es capaz de realizar proezas (enfrentarse el sólo contra varios policías), atravesar duras pruebas (aguantar la tortura mediante el ingenio sin delatar a sus compañeros), y es un digno sucesor de su padre (de don Raúl Rey, y del mismo Perón). Agente de cambios y promesa de lo nuevo, el héroe montonero tiene una misión redentora que no se detiene con la muerte, ya que la caída del combatiente es una semilla que asegura el reclutamiento de nuevos militantes. La figura del Caña aparece en el cruce entre la vanguardia y el pueblo: el mismo es un muchacho de barrio, pero su muerte lo eleva a la dignidad del combatiente montonero.

²⁸ “Rodolfo Rey...”, *op. cit.*, pág. 22.

²⁹ “Rodolfo Rey...”, *op. cit.*, pág. 21.

“Rodolfo Rey, peronista y montonero”. La construcción de un héroe popular en los... Esteban Campos

Otro tema recurrente en la nota es la cuestión de la venganza, que aparece primero como retaliación, una consecuencia natural del crimen aceptada y legitimada por los vecinos del barrio. El motivo de la venganza y, como hemos visto, la lógica de la reciprocidad violenta que ella instala en el juego político, genera una fuerte tensión entre el dominio público de las prácticas políticas montoneras y el contenido privado de la venganza de sangre. En su carta, Rodolfo Rey pide a sus camaradas de armas que lo venguen, iniciando de ese modo un círculo de venganzas privadas. La tensión público-privado se repite en la relación entre el padre y el hijo (la familia como origen y límite del aprendizaje político), pero también en la caracterización del Caña como combatiente y muchacho de barrio. Esta asimetría entre lo público y lo privado se corresponde con la tensión entre vanguardia y pueblo.

De la semblanza de Rodolfo Rey, y de un primer relevamiento de EM en general pueden surgir múltiples líneas de investigación. Con este trabajo dimos el primer paso en la deconstrucción de la representación del combatiente montonero. En ese proceso, términos que parecen mutuamente complementarios como la traición y el heroísmo constituyen objetos privilegiados. Por otro lado, es factible plantear otra línea de investigación sobre la relación entre la subjetividad combatiente y la “máquina de guerra” montonera, noción que tomamos de Gilles Deleuze (Deleuze, 2012). Este actor impersonal aparece cada vez que Montoneros quiere dar cuenta en la revista de la eficacia de su aparato armado, y adquiere visibilidad en secciones como la “Crónica de la resistencia”, encargada de informar el detalle de los operativos guerrilleros. Lo más interesante, sin duda, es que la Historia de EM todavía está por hacerse.

Bibliografía

- Anzorena, Oscar (1998). *Tiempo de violencia y utopía. Del golpe de Onganía (1966) al golpe de Videla (1976)*. Buenos Aires: Colihue.
- Aristóteles, *Retórica*. Disponible en URL: <http://historiantigua.cl/wp-content/uploads/2011/08/Aristoteles-Retorica.pdf>
- Bajtín, Mijail (1979). “Autor y personaje en la actividad estética”, en *Estética de la creación verbal*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Baschetti, Roberto (1996). *Documentos 1973-1976, volumen 1. De Cámpora a la ruptura*. Buenos Aires: De la Campana.
- Braun, Oscar (1973). *El capitalismo argentino en crisis*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Campbell, Joseph (1972). *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*. México: FCE.
- Carassai, Sebastián (2013). *Los años 60 de la gente común. La naturalización de la violencia*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Del Pilar González Betancur, Olga (2005). *Amarilla y roja: estética de la prensa sensacionalista*. Medellín: Universidad EAFIT.
- Deleuze, Gilles, Estado y máquina de guerra, en <http://estafeta-gabrielpulecio.blogspot.com.ar/2012/02/gilles-deleuze-estado-y-maquina-de.html>
- Esquivada, Gabriela (2009). *Noticias de los Montoneros. La historia del diario que no pudo anunciar la revolución*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Franco, Marina (2012). *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y “subversión”, 1973-1976*. Buenos Aires: FCE.
- Gillespie, Richard (1989). *Soldados de Perón. Los montoneros*. Buenos Aires: Grijalbo.
- Ginzburg, Carlo (1991). *Historia nocturna. Un desciframiento del aquelarre*. Barcelona: Muchnik.
- Girard, René (2009). *La violencia y lo sagrado*. Barcelona: Anagrama.
- Guevara, Ernesto (2006). *Guerra de guerrillas*. Rosario: Último Recurso.
- James, Daniel (dir.) (2007). *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Lanusse, Lucas (2005). *Montoneros. El mito de sus doce fundadores*. Buenos Aires: Vergara.

“Rodolfo Rey, peronista y montonero”. La construcción de un héroe popular en los...
Esteban Campos

Longoni, Ana y Mestman, Mariano (2000). *Del Di Tella a “Tucumán Arde”: vanguardia artística y política en el 68 argentino*. Buenos Aires: El cielo por asalto.

Nadra, Giselle y Nadra, Yamilé (2011). *Ideología y política en El Descamisado*. Buenos Aires: Corregidor.

Pagliai, Lucila (2010) “*Evita Montonera: el lenguaje como derrotero y travesía*”, en Bufano, Sergio y Lotersztain, Israel (recopiladores), *Evita Montonera. Revisión crítica de la revista oficial de Montoneros*. Buenos Aires: Ejercitar la memoria.

Portantiero, Juan Carlos (1989). “Economía y política en la crisis argentina (1958-1973)”, en Ansaldi, Waldo y Moreno, José Luis, *Estado y sociedad en el pensamiento nacional*. Buenos Aires: Cántaro.